

de allí encontramos nuestra buscada avenida Driggs. A principios de siglo en esa zona vivían judíos, alemanes, polacos e italianos. Los judíos aún vivían a pocas calles de allí, pero las calles de Miller estaban habitadas, por lo que pudimos observar, por puertorriqueños y cubanos. Respiré hondo con una cierta tristeza y pensé en aquello que cuenta Miller de su primer recuerdo de la vida: una rata congelada en una alcantarilla. Pronto llegamos al 662: una casa aislada por dos solares baldíos. La casa de Miller es de tres plantas, de color rojo. En la planta baja hay una tienda que, como tantas otras de esa misma calle, tiene colgado el letrero de *tailor*. La casa tenía aspecto de abandonada y ni siquiera había una placa recordando a Miller. Mejor así. Nos sentamos en los escaloncitos de la entrada y miramos la calle azotada por el viento, el frío sol de diciembre y la rara soledad de todo aquello. Más que calle parecía un esqueleto. Sentí una pena indescriptible, tal vez un tanto ridícula. Cristina me indicó con cierto júbilo que venía un taxi y se apresuró a levantarse para detenerlo. Nos montamos en él y no volvimos la cara, tal vez por miedo a que todo aquello se lo tragara la misteriosa luz de esa tarde. Sin duda pensábamos que no existía *el lugar* salvo en nosotros mismos. Mientras íbamos hacia la quinta y la cuarenta y siete, donde conocíamos un excelente bar francés, pensé en el Henry de sus libros y en quien los había escrito, y comprendí que no es el viaje sino el viajero quien hace el camino. Al entrar en el bar un calor inesperado nos acogió. Pedimos una buena botella de bordeaux, un poco de queso, y mientras bebíamos y comíamos recordamos la vida tentacular y apasionada de Henry Miller. Aquel puente había dejado de ser un paréntesis: como toda verdadera obra, sus libros habían unido las dos orillas, haciéndonos pasar de un lado a otro. Entre uno y el mundo, entre lo uno y lo diverso, fluyen las aguas del tiempo, y ese tiempo está presente en la obra de Miller. Todos esos libros, de muy distinto valor, tienen algo en común: es el testimonio de una vida verdadera, de alguien que pasó por este mundo viviendo. No es poco en un siglo de fantasmas.

«Larry, muchacho»

Y después de esta incursión poco crítica, paso al volumen de la correspondencia entre Durrell y Miller².

Publicado en Estados Unidos en 1988, este grueso volumen editado por Ian S. MacNiven recoge una cuarta parte de la correspondencia entre 1935 y 1980. La anécdota detonadora fue el ejemplar de *Tropico de Cáncer* que cayó en las manos de Durrell en un lavabo público de Corfú... El escritor, ¿inglés?, resultaba exótico a Miller: «Nací en la India. Allí fui a la escuela, bajo el Himalaya. Los recuerdos más hermosos, un breve sueño del Tíbet hasta los once años». Impresionado por su lectura, Durrell escribe una carta apasionada al gran aventurero de Villa Seurat. Aquí comenzó una hermosa amistad de dos hombres que, a pesar de pasar la mayor parte de sus vidas en países muy distantes, no dejaron de estar cerca y de escribirse una voluminosa

² Cartas, Durrell-Miller 1935-1980. Edición de Ian S. MacNiven, traducción de M.^a Faidella Martí. Ed. Edhasa, Barcelona, 1990.

correspondencia que duró hasta la muerte de Henry Miller en junio de 1980 a la edad de 88 años. Durrell fallecería en 1991 cuando contaba setenta y nueve años. Leída en su conjunto, esta correspondencia es algo más que el intercambio de ideas, anécdotas, apelaciones y respuestas de dos amigos: es el testimonio de dos vidas, de trayectos fulminantes (aunque duraderos), densos y ligeros, de los cambios que fueron dando sus caracteres y de las orientaciones que adoptaron estos espíritus singulares. ¿De qué hablaron durante cuarenta años? De la publicación de sus libros, ese fue uno de los temas: editores, críticas, traducciones, de los amigos comunes, de estados de ánimo... Cuando se desató la guerra mundial, Durrell se quedó en Grecia, Chipre y otros lugares; Miller se fue a Estados Unidos y deambuló por California hasta que se estableció en Big Sur. No quería saber nada de la guerra: el hombre le parecía absolutamente absurdo y sólo un caos profundo, de todas las partes, podía llevar a una situación así. Su individualismo le llevó a no comprender lo que pasaba (cosa nada fácil, por otro lado) y a condenar en bloque. Hasta entrado los años sesenta, en cuanto había tensiones políticas creía que se iba a desatar otra guerra. Ni la historia ni las ideas políticas fueron su fuerte. Tenía un extraño odio a Inglaterra y a Francia debido, entre otras cosas, a la voluntad colonizadora de estos países. No menor fue su crítica a Estados Unidos, aunque más penetrante, como puede leerse en *La pesadilla del aire acondicionado*. Creyó, antes de que comenzara la guerra, que Hitler no era peor que el resto de los políticos, salvo en su ausencia de tacto. La avidez económica de las grandes potencias (gran producción con mercado colonial, a diferencia de Alemania que carecía de un mercado tan amplio) le hacía comprensible, durante un tiempo al menos, la rebelión de Hitler y sus amenazas. Aunque no fue comunista, no vio con malos ojos a los rusos, a diferencia de Durrell que vio en el comunismo la mayor peste política de toda la historia, y afirmó esto que luego iban a pensar algunos penetrantes politólogos, que el comunismo era una enfermedad de los intelectuales. Durrell vio más claro en política, entre otras cosas porque la vivió más de cerca. Miller, aunque intuitivo, y a pesar de ser extremadamente urbano, tuvo poca conciencia de la historia, aunque sus apreciaciones generales fueron transformándose en la dirección de Durrell. Pero Miller, hay que decirlo, no pensaba políticamente sino en términos morales y espirituales. Las cartas de Durrell son más ordenadas y descriptivas: en muchas de ellas describe el paisaje, lo que está viendo, con una prosa magnífica que nos recuerda a su poesía y las páginas de algunas de sus novelas. Sorprende la interioridad con la que Durrell realizaba su obra: dice que está escribiendo esto o lo otro, pero es difícil saber cómo qué es lo que le preocupa realmente. De pronto comienza a editar *El cuarteto de Alejandría* y el mismo Miller queda sorprendido porque no sospechaba que estuviera escribiendo algo así. Durrell le escribe a Miller lo siguiente en relación a esta obra: «Cuando estén terminados los cuatro, se fusionarán, espero, con la precisión de un mecanismo y la obra íntegra “flotará” como un móvil de Calder». De vez en cuando hay referencias a Anaïs Nin, pocas, nunca extensas. Durrell se suele quejar de la idea que ésta tiene de él, de sus recelos; Miller, que debió decidir no hablar demasiado de ella, desde su

ruptura, no parece muy contento con el rumbo que siguió su vida: «Sí. A. N. es realmente sorprendente. Aún se está recuperando de la operación, pero tiene la voz fuerte. Por qué «niega» a Hugo, que se ha portado tan bien con ella, es algo que nunca he podido comprender. Pero hablando de «defraudadores», ella se lleva la palma. Somos afortunados de que no se meta con nosotros, ¿no crees?». Creo que este párrafo de Miller indica algo de cómo había variado su visión de la autora del *Diario*.

Ambos, a lo largo de todos estos años, tienen numerosos amores, pero, sobre todo en lo que se refiere a Durrell, resulta difícil saber cómo son sus mujeres: él que se preocupó tanto por la naturaleza del amor. Miller tampoco es pródigo en presentaciones, a pesar de que en sus novelas hizo retratos de algunas de las mujeres que amó. Sin embargo, habla de enamoramiento, sobre todo en sus últimos veinte años para, finalmente, afirmar que la revelación del amor es lo que verdaderamente importa. No duda en darle a Durrell algunos consejos, y puede deducirse de esta correspondencia que Durrell era en ocasiones algo violento con sus mujeres. Pero dejemos este chismorre. No se puede buscar en estas cartas una pintura de los artistas de su tiempo, ni europeos ni americanos: Durrell fue lector menos subjetivo que Miller, un lector más ordenado, que fue madurando sus opiniones (puede seguirse las opiniones tan distintas que tuvo de Eliot, admirándolo finalmente como hombre y poeta). Miller llega al salvajismo: su visión de Eliot, por ejemplo, es absurda, aunque también llegó a valorarlo algo más como persona. Entiendo que un hombre de su vitalidad, de su autenticidad, viera en Eliot a un pusilánime, («calvinista de cara enjuta») pero es pueril su valoración de su poesía. Durrell, aunque luego cambiaría de opinión, le escribe a Miller lo siguiente (1936): «*La tierra baldía* me hace pensar en esos folletos que exhorta a los aprendices de culturismo a no masturbarse»). Las diatribas de Miller en relación a los surrealistas, con tener algo de razón, es también chata. El chico de Brooklyn llegó a París con voracidad y un ligero complejo de inferioridad cultural, y no supo entender, ni entenderse, con Breton, Pound, Hemingway, Orwell, ni con los ensayistas y filósofos franceses de su tiempo. No había razones objetivas para ello, salvo que el mundo de Miller era, a su modo, demasiado peculiar y sus exigencias estéticas y filosóficas, excesivamente personales. Sin embargo, admiró durante muchos años a Celine, y siempre a Blaise Cendrars. Era un hombre en una situación extrema y difícilmente podía mirar a su alrededor sin que esa mirada no estuviera repleta de sí mismo. Tal vez si lo hubiera hecho no habría escrito su obra. Por otro lado, no lo necesitamos: dentro llevaba su propia exterioridad, y esto lo salvó. No dejó de crecer en ningún momento y creo, en contra de la opinión de muchos, que al final de su vida llegó a ser un gran hombre, yo diría un verdadero sabio, pero ya apenas si escribía, aunque en sus últimos años pintó un buen número de acuarelas, algunas de ellas de un cierto valor.

Es difícil decir quién era Miller por aquellos años, qué quería, cuáles eran sus ideas sobre el arte y la vida. Siempre se interesó por las regiones, y el budismo zen le atrajo desde su juventud hasta el final de sus días: no era un erudito en esta materia, pero sí un lector activo que podía entender, en su propia piel, a Chuang Tzu. Su

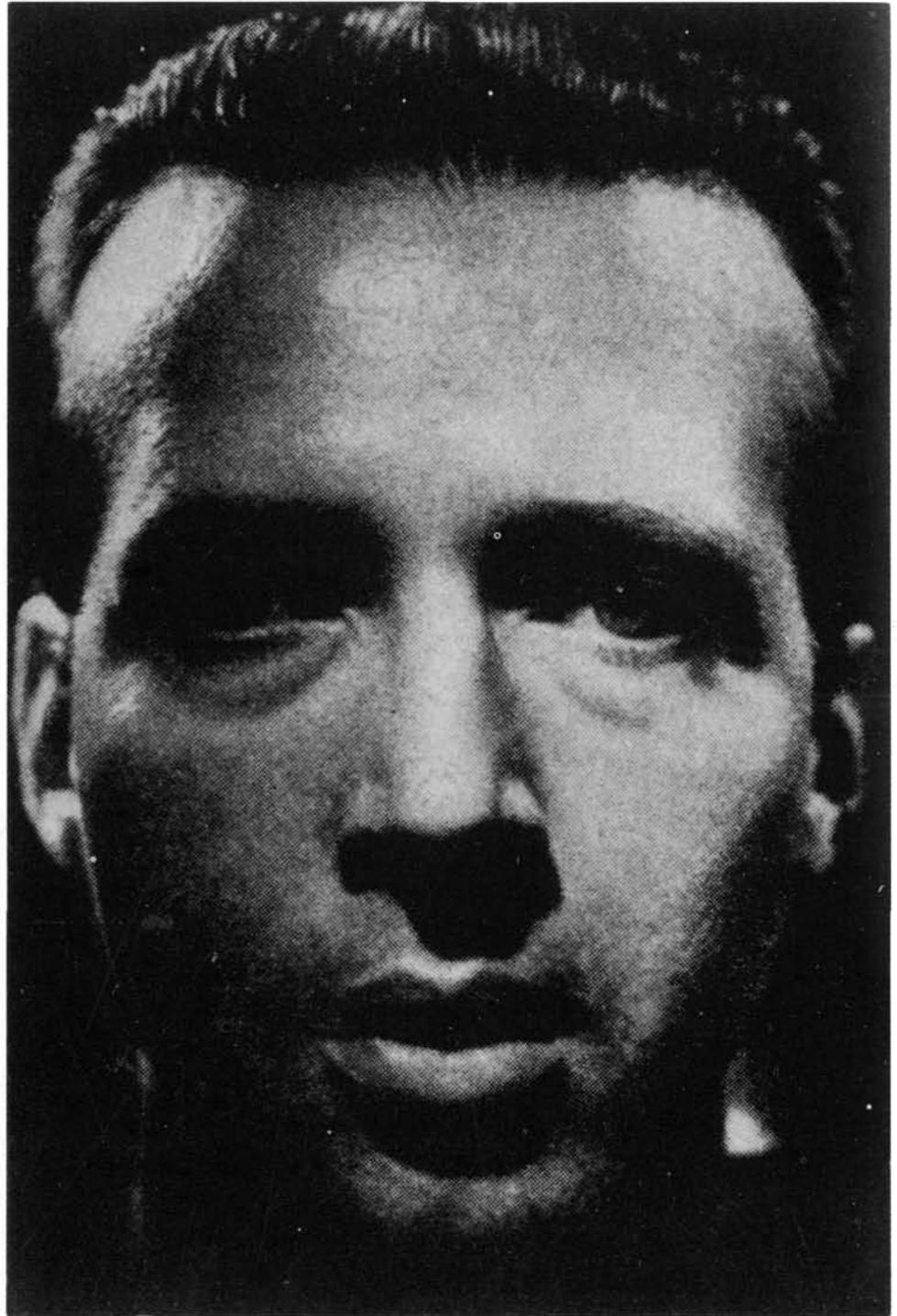
gran sentido del humor no fue ajeno a esta comprensión. En el budismo zen vio, no un sistema sino un fluído de paradojas, un mundo inesperado en el que el hombre atendía a un saber no ajeno a la naturaleza, una rara combinación de la acción y la no-acción, el silencio y la palabra. Las ideas de cambio, transformación, revelación, le hacían saltar la imaginación. No era el hombre histórico lo que en realidad le interesaba sino las tribulaciones de la naturaleza humana en la búsqueda de sí misma. Solía decir con humor que siempre quiso ser el chino que llevaba dentro.

Miller pensaba que la novela no debía ser forma, al menos en el sentido en que la entendieron Flaubert o Zola. «En lugar de utilizar el material mineralógico de los adoradores de la forma —le dice a Durrell hablándole de *El libro negro*, pero se le puede aplicar a él mismo—, usted emplea la materia plástica y viva de la matriz». Aunque esto operó en muchos sectores de su obra vivificándola, creo que en otros convirtió su obra en una distensión de relativo valor. De hecho, los mejores momentos de su obra tienen forma, emanan su propia estructura. Pero Miller quería escribir con una libertad absoluta, casi como si alguien quisiera escribir sin palabras: pero no es posible, el gran secreto del arte es encontrar la libertad dentro de la forma. No de una forma establecida, sino de aquella, sea cual sea, que permite a los signos alcanzar una capacidad extrema de significado y significante, de juntura entre lo que se expresa y la manera en que aquello se hace. Eso fue lo que consiguió hacer en muchos momentos de los *Trópicos*, de *El coloso de Marusi*, *La crucifixión rosada* y *Primavera negra*. Fue un escritor que siguió una tradición rabelaisiana y cómica, unió el drama con la carcajada, la confesión con la máscara. Miller quería narrar por encima de todo, como si pudiera inventar y mantener el mundo a través de la palabra. Junto a su extrema necesidad de contar su vida sintió una necesidad no menos honda de comunicarse. Debe ser el escritor de este siglo que ha escrito más cartas (se calcula que más de cien mil). Y muchas de ellas se confunden con sus narraciones. Miller toma la voz, y el mundo, el de su imaginación literaria, comienza a levantarse y a existir: lo mantendrá en el aire mientras alguien esté vivo, aunque no se lean sus libros, aunque nadie se acuerde ya de él. A mí me da la impresión de que a Miller se le seguirá oyendo aunque no sepamos que es Henry Miller quien está hablando. Y no voy a tratar de explicar cómo puede ser esto: no hago crítica literaria ni historia de la literatura. Por último: Miller y Durrell hablan frecuentemente de vinos y comidas con verdadera fascinación. En una de las cartas, Miller le da la receta de un combinado que acaba de probar y aprobar. Con él les deseo a los dos, estén donde estén, la salud que tuvieron cuando andaban por este mundo: «Gin, Dubonnet y Cinzano, a partes iguales».

Juan Malpartida

«Pintar es conceder a lo de fuera
todo cuanto en lo dentro se desvive.»

Cirlot



Juan Eduardo Cirlot